

Contacto y planificación lingüísticas en Almería¹

F. J. GARCÍA MARCOS
Universidad de Almería

I Las dimensiones de la falacia monolingüe: una lengua para cada territorio, un territorio y una lengua para cada hombre.

Durante siglos, sobremanera durante los últimos siglos, hemos terminado por aceptar una especie de idiosincrásica asignación espacial, cultural y nacional de las lenguas. Todo país, reconocible como entidad política entre unas coordenadas espaciales precisas, estaría cimentado sobre unas particularidades culturales muy sustantivas. La lengua sería uno de los más significativos portaestandartes de ese acervo cultural patrio y, a la vez, uno de sus más genuinos productos. Planteamientos como este, u otros más o menos equivalentes, en alguna medida constituyen un universal de la historia de la humanidad que, en todo caso, alcanza su más aguda y emblemática formulación cuando en 1769 la Academia de las Ciencias de Berlín tiene a bien premiar el *Abhandlung über den Ursprung der Sprache*² de Johann Gottfried Herder (1744-1803). La Academia berlinesa, como reza en la convocatoria de su concurso, está interesada en aclarar si “¿Son los hombres, teniendo en cuenta sus facultades naturales, capaces de inventar la lengua? ¿Y con qué medios consiguen inventarla? Se pide una hipótesis que explique el problema y que resuelva las dificultades”.

La línea argumental premiada sostiene, en líneas generales, que pensamiento y lenguaje no solo se hallan intrínsecamente unidos, sino que además la actividad verbal precede a la lógica. Para la historia de la lingüística, y yo me atrevería a decir que también para la historia de la cultura en general, ese planteamiento tendrá una importancia extraordinaria. Retrospectivamente, supone el primer argumento de envergadura elaborado por el pensamiento occidental contrario al principio aristotélico

¹ Este trabajo ha sido realizado dentro del PIB-1384 sobre *Contacto lingüístico e interculturalidad en Almería* financiado por el Ministerio de Educación y Deporte.

² *Ensayos sobre el origen del lenguaje*, Berlín, 1772.

defensor de la dirección justamente inversa en las relaciones entre comportamiento lingüístico y mente; esto es, para el Estagirita, antes era la actividad lógica, después la lingüística. Prospectivamente, Herder sienta las bases para la consideración de las lenguas como la gran llave de acceso al pensamiento de los pueblos, a su más pura cultura popular. Si eso es así, las lenguas servirán también para discriminar unos pueblos de otros, para establecer grupos y clases de pueblos atendiendo a sus hábitos lingüísticos y, subsidiariamente, a los patrones culturales que implican.

A pesar de que el propio Herder muy pronto abjuró de ellas, estas ideas tuvieron una suerte quizá insospechada para su mismo autor. En la centuria siguiente, W. Von Humboldt las sintetizó en una fórmula tan breve, como esclarecedora e ilustrativa de la propuesta ideológica que veladamente transportaban: “la lengua es el espíritu de los pueblos y el espíritu de los pueblos es la lengua”. Se forja de ese modo un auténtico paradigma intelectual –que me he permitido denominar *hipótesis Herder-Von Humboldt*– dotado de enorme éxito. Cuando hoy los políticos nacionalistas reclaman la libertad de sus pueblos, apelando a su carácter diferencial manifestado por una lengua propia y distinta, como vemos, no dejan de alimentar la suerte histórica de lo forjado en su día por Herder.

No es de extrañar que, a la vista de tales contenidos y a la de su indiscutible repercusión social, hayan abonado la fecunda expansión de una ideología monolingüística, según cuyos parámetros el estado natural de las cosas vendría a ser aquel que dotaría a cada sociedad de una, y solo una lengua, depositaria de toda la responsabilidad que entre Herder, Von Humboldt y sus muchos continuadores han terminado por asignarles. El *orden lingüístico deseable* de las cosas, por pura coherencia, apuntaría hacia la mayor homologación posible con el *orden lingüístico natural*, o lo que es lo mismo, a promover la homogeneidad lingüística en el seno de las sociedades. En nombre de esa mentalidad, los estados han recluido a las lenguas minoritarias bajo su administración dentro de las más modestas dependencias de sus correspondientes retículas sociolingüísticas, han inculcado sus instrumentos comunicativos a otros colectivos recién llegados, los han hecho propagarse a través de la escuela y los medios de comunicación o, en definitiva, los han lanzado a pugnar para conseguir un papel protagonista en el teatro internacional de la cultura. En suma, la planificación lingüística acorde con esa línea de pensamiento ha tendido a sofocar cualquier clase de manifestación de diversidad lingüística en el seno de las comunidades. Ello ha sido así, tanto cuando la planificación ha reafirmado el estatus sociolingüístico de lenguas hegemónicas (primer supuesto planificador), como cuando ha pretendido invertir los roles

diglósicos en las comunidades que registraban contacto lingüístico (segundo supuesto planificador). Este se me antoja un detalle en verdad determinante, y a la vez muy elocuente, del alto grado de penetración de la *hipótesis Herder-Von Humboldt* que, con el transcurso de los años, ha terminado por formar parte de lo consabido, incluso más allá de los dominios meramente científicos. El segundo de los supuestos anteriores, lo que la bibliografía ha llamado *normalización* de las lenguas minoritarias, ha perseguido sustituir una hegemonía por otra, convertir las lenguas “oprimidas” en “opresoras”, pero nunca desterrar la dinámica opositiva entre lenguas mayoritarias y minoritarias, lenguas primadas socialmente y lenguas secundarias, apartadas, o restringidas en cuanto a su versatilidad social.

Esa concepción, de todas formas, cuenta con fuertes restricciones empíricas en la actualidad que, si se me permite la audacia, están convirtiéndola en un discurso sobrepasado por los tiempos. Y ello pienso que es así porque, de partida, convendría ir aceptando que en el mundo contemporáneo operamos, como mínimo, con dos acepciones de la noción de espacio: una, la correspondiente al *espacio físico*, enmarcado en unas determinadas coordenadas geográficas; otra, que correspondería a lo que podríamos considerar como *espacio virtual*. Ese nuevo espacio es una acuñación de nuestro tiempo, que nos permite participar de realidades físicamente distantes gracias a la tecnología electrónica. Mediante las pertinentes conexiones informáticas, es posible contemplar exposiciones de pinturas colgadas en una sala de Hamburgo, participar en foros de discusión generados desde Sydney o Los Ángeles, acceder al último disco que acaba de fabricar Nick Cave en algún punto indeterminado del Globo, salir de compras por el mundo y adquirir un peluche de Shrek en una tienda de Nueva York, consultar el archivo de Simancas o darse una vuelta por los monumentos egipcios que custodia el Louvre parisino. Está claro que hoy el *mundo que vivimos* es la suma del *mundo entre el que vivimos* y el *mundo al que accedemos* a través de la tecnología. Incluso el sumando meramente físico de esa operación vital se diría muy alejado de las expectativas humanas entre las que germinó y se propagó la *hipótesis Herder-Von Humboldt*. La facilidad en el transporte, el acceso a más de un domicilio (segundas viviendas, residencias vacacionales, etc.), los proyectos económicos y culturales de carácter transnacional, con la consiguiente movilidad de quienes los llevan a cabo, la formación en el ámbito laboral fuera de las fronteras estatales, el turismo con sus circuitos establecidos...La tierra en donde se nace no necesariamente termina siendo aquella donde se reside y esta, a su vez, tampoco es un eje fijo e infran-

queable de coordenadas y abscisas geográficas. El estatismo subyacente en la mentalidad desde la que operaron Herder y Von Humboldt tiene poco que ver con las actividades, las vivencias, la mentalidad en definitiva del hombre moderno³.

A todo ello hay que agregar dos nuevos fenómenos que están acelerando esos procesos de ruptura. Me refiero, en concreto, a la globalización, de un lado, y, de otro, al incremento de los movimientos migratorios hacia la mitad septentrional del planeta. La globalización, para bien (y/o para mal), está aquí y ha depositado en las lenguas uno de sus estándares más señeros, también uno de sus estiletos más eficaces. Ese *territorio virtual* al que acabo de hacer referencia es una de sus manifestaciones más palmarias. Para poder circular por él se hace imprescindible disponer de una alta capacidad de intercomunicación, alejándose del monolitismo lingüístico que suponía la perspectiva cincelada por Herder y Von Humboldt. Sin duda, la ruptura de fronteras, virtuales -pero también reales, no lo olvidemos- comporta la progresiva extensión de vehículos de intercomunicación lingüística y su masiva adopción, bien como lenguas extranjeras, bien como segundas o terceras lenguas. No hace falta realizar grandes malabares en la prognosis sociolingüística internacional para aventurar que el futuro se va a escribir con caligrafía multilingüe, justo en las antípodas comunicativas que hemos vivido durante los últimos siglos.

Tampoco las migraciones a las que estamos asistiendo en este tránsito de milenios son por completo ajenas a esa nueva dinámica globalizadora. En realidad, obedecen a una fehaciente distribución económica que, tendencial y simbólicamente, se ha representado mediante la conocida contraposición Norte/Sur. Ciertamente que para Occidente no es un fenómeno desconocido. Como es sabido, América y Australia fueron punto de destino migratorio, al margen de anteriores oleadas colonizadoras, ya desde el XIX. Otro tanto puede decirse del norte de Europa a partir de los años 60 del siglo pasado. Los desplazamientos actuales de población, empero, introducen algunos factores hasta ahora desconocidos, o cuando menos infrecuentes. Afectan a todo el llamado “mundo desarrollado”, hasta el punto de invertir la tendencia migratoria en países como Italia, Irlanda o España. Son, además, de una extraordinaria heterogeneidad y

³ La figura del viajero cosmopolita, tan en boga a partir del XVIII y, en especial, de la centuria siguiente no sirve como contraejemplo de cuanto estoy comentando. Esos viajeros, tan cargados de romanticismo y ansiedad por compartir nuevos mundos, no dejaban de ser una excepcionalísima singularidad en su tiempo. Yo me estoy refiriendo aquí a ejes de intercomunicación generalizados y transitados por amplias capas de la población que, en gran medida, constituyen una de sus constantes sociales.

han establecido un flujo más o menos estable de trasvase de población del Sur del planeta hacia el Norte (Checa, Checa y Arjona, 1999). A la vista de la situación económica internacional, no se diría desde luego que ese trasiego humano vaya a modificarse en forma sustancial durante los próximos años. Y, en fin, son de una intensidad extraordinaria. Como recuerda Soriano (2003: 153) hace diez años se estimaba que ya entonces se encontraba un 2'1% de la población mundial en tránsito, cifra que sin duda se han acentuado espectacularmente durante la última década.

Conviene, por tanto, tomar de inmediato consciencia de la nueva tesitura a la que nos enfrentamos todos, quienes hemos emigrado y quienes recibimos a nuevos vecinos, a la vista de los enormes retos que nos impone. Por descontado este es un requisito poco menos que ineludible para acometer una gestión pertinente de esta nueva realidad, advirtiendo que “pertinencia” en este contexto equivale a la adopción de medidas coherentes con el problema, efectivas y de alta capacidad resolutoria. En ese marco de desplazamiento –y recepción, su necesaria contrapartida- de población humana, la cuestión lingüística se antoja de capital importancia, a pesar de que no siempre haya sido subrayada en esos términos. Sin intercomunicación lingüística, sencillamente, es imposible cualquier forma de articulación social y, por consiguiente, de coexistencia profunda entre todos los colectivos humanos que, con independencia de su origen, no solo comparten un mismo contexto social, sino que lo constituyen como tal.

Si la ciencia desvinculada de cualquier clase de dimensión social es de legitimidad como mínimo cuestionable, ese vínculo se convierte en imperativo al abordar cuestiones como la inmigración. Máxime porque probablemente solo ella esté en condiciones de aportar soluciones más eficaces, más adecuadas, más rápidas, no siempre inmediatas para la praxis política, ni tampoco inmediatamente asumibles desde ella

Para enfrentarse a esa responsabilidad, básicamente, han de acometer dos tareas: evaluar el contexto y diseñar programas de actuación, por ese orden. En esta ocasión el orden de los factores sí altera el producto. Justo uno de los reparos de mayor envergadura que cabe achacar a la atención lingüística de los inmigrantes procede, precisamente, de no estar sustentada en evaluaciones previas lo más minuciosas y exhaustivas posible. Es necesario determinar con absoluta exactitud cuáles son las expectativas de la sociedad receptora, qué costes –en todos los órdenes- está dispuesta a asumir, qué medidas gozarán de mayor respaldo y, en definitiva, qué papel desempeñará la adquisición lingüística en los procesos de convergencia hacia los que tiendan los grupos inmigrados y

vernáculos que integran una misma comunidad. Del mismo modo resulta imprescindible saber en qué términos conciben los propios inmigrantes su incorporación a la lengua de acogida, qué repercusión vital esperan de ello, cuáles son sus temores y cómo entienden que deba desarrollarse ese proceso. Por último, es también determinante hacer acopio de la mayor cantidad posible de información meramente lingüística sobre cada colectivo y, en caso de que fuera posible, aun sobre cada individuo concreto. Interesa conocer datos como si sus lenguas maternas disponen de transcripción gráfica o no, si sus hablantes suelen estar alfabetizados, si se encuentran familiarizados con la notación en caracteres latinos, cuáles son las principales diferencias tipológicas que separan al español de cada una de las lenguas inmigradas, si conocen otras lenguas, si han seguido aprendizaje institucionalizado escolarmente para ello, dónde, cuándo y cómo, etc.

Todos esos datos abren unas puertas y cierran otras, encienden unas luces y apagan otras, para al final mostrarnos el sendero de la adecuada planificación de la enseñanza del español a nuestros inmigrantes. Para hacernos cargo de cuanto digo, baste una breve cala, meramente aproximativa y con escueta voluntad gráfica, en dos de los grupos inmigrados más característicos que han arribado a Almería: lituanos y senegaleses hablantes de volof. El lituano es una lengua indoeuropea que muestra cierta tendencia arcaizante, sobre todo en el nivel fónico, que mantiene la pertinencia de los tonos⁴, así como en la parte más patrimonial de su léxico⁵. Distingue tres géneros gramaticales (masculino, femenino y neutro) y dos números (aunque subsisten restos de dual que se agregan a la bipartición básica entre singular y plural). Cuenta con cinco declinaciones que incluyen siete casos. La negación se marca mediante el prefijo *ne* añadido a la forma afirmativa. El sistema verbal, con especial incidencia en los aspectos perfectivo e imperfectivo, tiene dos infinitivos, un participio y un supino, declinándose las dos primeras formas nominales. Disponen de tres conjugaciones (a las que habría que agregar una cuarta, la reflexiva), dos voces (activa y pasiva) y tres modos (indicativo, imperativo y condicional). Gráficamente recurre al alfabeto latino, con leves variantes particulares.

⁴ El griego clásico y el sánscrito también fueron lenguas tonales y, muy probablemente, otro tanto debió suceder en proto-indoeuropeo.

⁵ A pesar de que cuenta con un volumen considerable de vocablos tomados del alemán, el polaco, el ucraniano y el bielorruso, reflejo de la azarosa suerte de una lengua que no ha dispuesto de respaldo político efectivo prácticamente hasta nuestros días con la independencia de ese país.

El volof, en cambio, prescinde de los tonos, aunque a cambio distingue entre vocales largas y breves, todas ellas susceptibles de ser nasalizadas. Carece de distinción de género y número, estableciendo las clases nominales mediante la adición de sufijos, excepto cuando se trata de nombres procedentes de verbos, caso en el que se procede a nasalizar el fonema inicial. Los posesivos se anteponen a los nombres de primera y segunda persona, mientras que en los de tercera aparecen pospuestos. En cuanto a su sistema verbal, enfatiza el aspecto en detrimento de su localización temporal. Por último, su léxico recibe influencias del francés y del árabe, lengua esta sagrada para la mayoría de sus hablantes. Por ello existe una fuerte tendencia a transcribirla empleando esos caracteres gráficos, si bien en los últimos tiempos ha aumentado la notación latina.

Por supuesto que esos breves bosquejos de ambas lenguas no aspiran a realizar la más mínima contribución tipológica. Pretenden, eso sí, hacernos caer en la cuenta de la clase y el grado de hiatos lingüísticos que los hablantes de una y otra lengua habrán de sortear a la hora de aprender español. Y esta, insisto, es una información determinante para encaminar con garantías de éxito esa tarea.

II Almería, el laboratorio multilingüe del Sur de Europa.

Todas esas tendencias de la modernidad contemporánea se concitan en el caso de Almería. En el área geográfica que recorrería un segmento imaginario que fuera de El Ejido a Campohermoso⁶ se agrupan alrededor de 34187⁷ inmigrados oficiales, a los que por supuesto sería necesario añadir otra porción nada desdeñable de ilegales, cuya estimación es harto dificultosa, por razones obvias. Esa situación, que no deja de ser abrumadora desde el punto de vista cuantitativo, no lo es menos en su faceta cualitativa. De un lado, esos inmigrados se incorporan a comunidades que en su conjunto son relativamente reducidas, todas ellas cobijadas dentro de ese paralelogramo que iría de este a oeste, o viceversa, atraídos como es natural por las ofertas de trabajo que propicia la agricultura extratemprana. Al Norte quedan la Penibética y Sierra Alhamilla; al Sur, el Mediterráneo, en suma, unos pocos kms² si la comparamos con las enormes superficies que tradicionalmente han solido ser receptáculo de

⁶ Esto es, en las comarcas que flanquean la capital por el Oriente y el Poniente en paralelo al Mediterráneo.

⁷ Esas al menos son las cifras oficiales a 31 de diciembre del año 2000. Subespecificados por sexos, 8037 son mujeres, 25937 hombres y sobre los restantes 213 se carece de tal información.

inmigrados. Esa población se recibe de forma casi ininterrumpida a partir de la segunda mitad de los años ochenta y, de hecho, supone una segunda oleada que da continuidad a movimientos migratorios previos, registrados durante la década anterior, igualmente atraídos por las posibilidades que ya entonces apuntaba la agricultura extratemprana⁸. De esa manera, Almería es uno de los ejemplos más prototípicos de esa inversión migratoria experimentada en algunas áreas de la Unión Europea, que antes he referido: de cantera emigratoria hacia el Norte del estado, hacia Europa o incluso hacia la América hispana, casi sin transición se convierte en punto de referencia, en objetivo de llegada para una inmigración intensa y diversificada. Según estimaciones realizadas para elaborar un catálogo de lenguas en contacto en Almería (García Marcos y Carmona, 2003) habría unas 111 nacionalidades en la actualidad dentro de lo que sería el marco de convergencia demográfica almeriense⁹.

Así pues, esa inmigración parece seguir una serie de pautas bastante nítidas que intentaré resumir, aunque sea de modo sintético: se ha registrado de forma ostensiblemente rápida, se ha concentrado en un espacio físico que tampoco es demasiado extenso, está sensiblemente

⁸ Soriano (2002) aclara que las primeras probaturas con las técnicas de la agricultura intensiva datan de los años 50, si bien la primera eclosión importante de inmigración se registra a partir de los 70, con desplazamientos de trabajadores de zonas del interior hacia el Poniente Almeriense.

⁹ Muchos de ellos proceden de zonas de vecindad geográfica como Argelia, Marruecos, Mauritania, Túnez, la República Árabe Saharaui o Libia. Siguiendo todavía en África, los subsaharianos constituyen uno de los segmentos con mayor proyección, como lo atestiguan quienes han venido desde Angola, República de Benin, Burkina Faso, Cabo Verde, Camerún, Centroafricana, República del Congo, Costa Marfil, Etiopía, Gambia, Ghana, Guinea Bissau, Guinea Ecuatorial, República de Guinea, Kenia, Liberia, Malí, Nigeria, República del Chad, Ruanda, Senegal, Sierra Leona, Somalia, Sudáfrica, Swazilandia, Tanzania o Togo. La antigua Europa del Este incluye otro grupo de trabajadores inmigrados desde Bulgaria, Croacia, Eslovaquia, Hungría, Lituania, Moldavia, Polonia, República Checa, Rumania, Rusia, Serbia, Ucrania o Yugoslavia. Más reciente es la presencia de quienes partieron de China, Filipinas, Hong-Kong, India, Indonesia, Iraq, Irán, Japón, Malasia, Paquistán, Singapur, Tailandia o Uzbekistán. Finalmente tenemos que citar la afluencia de ciudadanos de Nueva Zelanda y Australia, en Oceanía, y de América, sobre todo de la América hispana (Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Venezuela, etc.). Por último, un grupo evidentemente diferenciado, tanto por los motivos que los hacen llegar hasta Almería, como por las actividades que desempeñan dentro de ello, lo constituyen los ciudadanos de la Unión Europea, fruto de la convergencia política y económica que se está viviendo en estos tiempos, llegados desde Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Francia, Gran Bretaña, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Portugal, Suecia o Suiza.

diversificada –en lo cuantitativo y en lo cualitativo- y, por consiguiente, ha originado un denso, prolijo y –potencialmente- complejo contacto lingüístico¹⁰.

Tanto por los presupuestos teóricos que maneja, como por su propia tradición empírica, la sociolingüística parece aportar la opción más idónea para ejercer desde la lingüística esa responsabilidad científica que invocaba líneas más arriba. De ello se diría que están empezando a ser conscientes los sociolingüistas que trabajan en y sobre Almería, a pesar de que contamos de momento con aportaciones, no por esperanzadoras, menos puntuales. Con todo, como queda dicho, a partir de la segunda mitad de los años 90 es palpable un compromiso cada vez más intenso de los sociolingüistas con los procesos migratorios registrados en Almería. Hasta esos momentos la actividad de la sociolingüística desarrollada en Almería había girado más en torno a preocupaciones variacionistas (Cortés, 1992a y b; García Marcos, 1993; Fuentes, 1996), tanto en lo concerniente a aspectos netamente estratificacionales, como en lo tocante a actitudes y evaluación sociolingüística. En ese marco de preocupaciones, una inmigración que no alcanzaba entonces sus actuales dimensiones, apenas si figura como un eventual factor condicionante en García Marcos (1993). Aunque la prognosis ha terminado por cumplirse, no pasaba de ser un apunte, una llamada precavida de atención¹¹.

Será M. V. Mateo (1995) quien inaugure simbólicamente la preocupación monográfica por la problemática lingüística de las migraciones desde Almería, abriendo además uno de los dos grandes epígrafes sobre migraciones que han generado estos autores desde entonces hasta hoy. “Enseñanza del español a inmigrantes. Datos empíricos y propuestas teórica” pretendía apuntar algunas de las grandes líneas por las que debería discurrir la enseñanza del español a inmigrantes, siempre desde opciones teóricas y metodológicas considerablemente vinculadas a la sociolingüística. Hasta tal punto es así que, de hecho, ese modelo sería susceptible de ser encuadrado dentro de la sociolingüística aplicada, habida cuenta de

¹⁰ La complejidad de ese contacto entre lenguas es, de momento, solo potencialmente amplia, habida cuenta de que ninguna de ellas forma parte ni tan siquiera del repertorio sociofuncional almeriense. Técnicamente no me atrevería a decir con rotundidad que las lenguas inmigradas en Almería se encuentren en situación de Lengua B, porque a mi juicio no hay todavía una diglosia real en nuestra comunidad de habla. Eso no quiere decir que no pueda desarrollarse, que no vaya a desarrollarse, habida cuenta de la mera presencia de esas lenguas y de que algunas de ellas (caso del árabe) están empezando a dar muestras de incorporarse a algunas situaciones comunicativas (comercio en barrios de inmigrantes, etc.)

¹¹ Criterio que mantiene en García Marcos (1999), continuación del anterior.

los lazos sociolingüísticos que mantiene, constatables en la formulación del mismo, así como en las directrices para su aplicación que la autora propone como conclusión¹². Se trata, por tanto, de una reflexión palpablemente generalista que, de cualquier forma, tampoco es por completo ajena a la matriz psicosocial del contexto desde el que ha sido confeccionada. No será la última vez que el entorno almeriense anime a ese tipo de reflexiones. Bañón Hernández (1996) examina el posible racismo que subyace unas veces, que merodea otras, en torno al discurso periodístico. Esta, desde luego, será a partir de ese momento una auténtica constante en la producción científica de Bañón, continuando unas veces con la prensa (1996, 1997a, 1999, 2000), tocando otras la oralidad (1997b, 1997c) o, por último, enfocándola desde la propia organización discursiva en sentido amplio (2002). Herrero Muñoz-Cobo (1998), por su parte, analizó las dificultades en la enseñanza de español a alumnos magrebíes, debidas principalmente a las falsas transferencias entre la lengua de partida y la lengua meta, fenómeno que se detecta en prácticamente todos los niveles del lenguaje. En fechas, más recientes (García Marcos, (2002a, 2003a, 2003b) he ahondado en el componente lingüístico de las migraciones, a la luz de la legislación internacional, la protección de los derechos humanos y la globalización. A ese tipo de trabajos cabría adscribir la revisión bibliográfica crítica sobre sociolingüística e inmigración que aportó en García Marcos (2002b), a la que más recientemente a seguido otra paralela sobre adquisición de segundas lenguas (Salazar, 2003), amén de una tercera sobre enseñanza de lenguas a inmigrantes e interculturalidad¹³

Junto a esta corriente, más tendencialmente generalista –o si se prefiere, menos sujeto al examen sincrónico de la realidad circundante–, encontramos una segunda línea, esta vez sí, dedicada a dar cuenta de aspectos puntuales, detallados y concretos de la realidad lingüística de las migraciones en Almería. En esta ocasión corresponde a V. Salazar el honor simbólico, y el evidente acierto, de haber aportado en 1998 las primeras estimaciones, no tanto escoradas hacia la sociolingüística, como insertas en el ámbito vecino de la adquisición lingüística. Me estoy refiriendo, más en concreto, al desarrollo de segundas lenguas y a las principales llamadas de atención que suscita para su enseñanza. Las

¹² No en vano planea en el trasfondo del mismo una clara matriz comunicativa, muy vinculada a la noción de competencia comunicativa tal y como la formula Hymes, aunque pertinentemente ajustada a las demandas específicas que puede originar el abordar la cuestión migratoria. Otro tanto puede afirmarse respecto de la selección de los materiales, de nuevo guiados por criterios de representatividad sociolingüística.

¹³ Que en estos momentos tiene en fase muy avanzada Fermín Martos.

contribuciones de Fuentes González, solo (1997) o en colaboración (2002), sí están claramente decantadas por cuestiones clásicas dentro de la tradición sociolingüística internacional, como serían el influjo de la monitorización del alumnado hacia aspectos significativos del proceso de adquisición de la segunda lengua o las actitudes de las que parte ese proceso. Ciertamente estamos ante indagaciones muy concretas, prácticamente ante estudios de caso, aunque no por ello menos valiosas. Sin duda aportan información de mucho interés que, no solo constituyen las primeras piezas del enorme puzzle sociolingüístico que ha dibujado el contacto lingüístico en Almería, sino que además delimitan algunas hipótesis descriptivas y metodológicas que, a buen seguro, van a ser de importancia capital para futuros estudios.

Con todo, la primera fotografía aérea de la situación, el marco del puzzle que nos permite hacernos cargo de las dimensiones sociolingüísticas y tipológicas de ese contacto, es reciente y se encuentra en el antes referido estudio de García Marcos y Carmona (2002). Ahí recibimos las primeras noticias acerca de las lenguas que conviven en el área almeriense, de su agrupación tipológica y, a tenor de ello, se esbozan unas pautas genéricas sobre planificación, sopesadas conforme a las principales líneas maestras que ha recogido la bibliografía.

Eso quiere decir que empezamos a disponer de masa empírica suficiente para calibrar con cierta exactitud la magnitud y envergadura de la situación sociolingüística de la que estamos tratando de hacernos cargo en Almería. En la actualidad ahí conviven más de noventa lenguas, pertenecientes a ocho familias lingüísticas¹⁴, a las que habrían de agregarse cuatro criollos¹⁵. Las distancias tipológicas entre ellas son algo más que

¹⁴ *Indoeuropea* (griego moderno, armenio y albanés -lenguas aisladas-; rumano, italiano, francés, portugués y español -lenguas romances-; alemán, neerlandés, inglés, danés, sueco, noruego y afrikaans -lenguas germánicas-; ruso, polaco, checo, eslovaco, serbocroata, búlgaro, ucraniano y lituano -lenguas balto-eslavas-; hindi, bengalí, urdú, persa y kurdo -lenguas indo-iránicas-); *altaica* (lenguas túrcicas como el urco, el uzbeko y el acerí, además del japonés), *caucásica* (georgiano), *afroasiática* (árabe, amhárico y hebreo -semíticas-, lenguas y/o dialectos bereberes; hausa -chádica-; y somalí -cusita-, *nigero-cordofanesa* (soninké, susú, bambara, diula, mandingo, mendé, kepelle, bisa, fulaní, serer, volofó, manyaku, díola, temén, kru, baso, gurma, moré, lobí, sango, akan, twí, ewe, yoruba, ibo, tiví, lingala, kikuyú, suahelí, kikongo, ovimdundu, kimbundu, swazí, fang, bulú, bubí, kamba, basa, busongo, kinya-ruanda, edo, fon, mosi, baule y yaundé), *nilo-sahariana* (sara), *austrica* (indonesio, thai, tagalo y malayo) y, por último, *sino-tibetana* (chino mandarín y chino cantonés).

¹⁵ Los provenientes de Guyana Francesa, de Cabo Verde, de Guinea Bissau y de Sierra Leona.

ostensibles. Unas fonologizan los tonos y otras los desconocen, unas nasalizan de manera sistemática y otras alomórficamente, las hay que deparan un papel determinante al orden de palabras y en otras queda libre, unas declinan, otras construyen mediante preposiciones, representan el tiempo de manera distinta a través del verbo, usan los morfos en posiciones divergentes y con fines gramaticales diferenciados, etc. Esa enorme distancia lingüística, como veremos más adelante, no necesariamente lastra el aprendizaje del español como segunda lengua, si bien es del mismo modo obvio que fija algunas referencias algo más que significativas que conviene no perder de vista. Como mínimo el punto de partida de la adquisición del español variará en cada uno de esos grupos de hablantes, en función de la lengua materna con la que hayan llegado hasta nosotros.

La propia inmigración trae bálsamos para paliar esa enorme heterogeneidad, dado que ha transportado también una serie de lenguas vehiculares. El inglés, como es natural, se da por supuesto, no ya por el peso internacional que tiene en la actualidad, sino porque es *de facto* la lengua de prestigio en las antiguas colonias británicas en África. Se conjugan en esta ocasión, por tanto, la dependencia respecto de la antigua metrópoli y el incuestionable predominio de esta lengua en nuestro tiempo.

Un tanto más acentuado es el papel de intermediario comunicativo que podría llegar a desempeñar el francés. Auténtica *lingua franca* –y de estimable prestigio sociolingüístico– tras su presencia colonial en África, tanto en el Magreb como en el África subsahariana goza, no solo de indudable reputación sociolingüística entre las capas más cultas y refinadas de la población, sino de una considerable extensión en otros estratos de esas comunidades.

Compartiendo parcialmente el espectro francófono, el árabe es otra de los instrumentos internacionales de comunicación aportados por los propios inmigrantes. Además de toda la población magrebí que cuenta con ella como lengua oficialmente materna, es idioma sacro para todos los musulmanes llegados del resto de África y de Asia.

De modo similar, los inmigrados rusos o los chinos que emplean el mandarín aportan dos de las grandes lenguas de cultura del mundo. La primera de ellas sobre todo, hasta fechas muy recientes, ha ejercido esas funciones de nexo transnacional de intercomunicación en los antiguos países del Este europeo.

Por último deben incluirse dentro de este apartado algunas lenguas africanas –sobremodo el volof y el suahelí– que ejercen funciones vehiculares dentro de sus países de origen, si bien no parece que esas

encomiendas sociolingüísticas hayan tenido continuidad en situaciones de inmigración.

A pesar de todo, el eventual uso de esas lenguas como mediadoras comunicativas dentro de la inmigración registrada en Almería no está ajeno a ciertas restricciones que aconsejan la mayor precaución posible. Por supuesto que el mayor grupo de inmigrados llegados a Almería son arabófonos. No todos lo son como hablantes de lengua materna, a pesar de que como tales sean contabilizados en los censos lingüísticos oficiales. Muchos de ellos proceden de minorías étnicas magrebíes, con un estatus cultural no muy definido en sus países de origen, cuando no en cierta contraposición con la arabización oficial y predominante. De entre todos estos inmigrantes sobresalen los bereberes, para quienes la salida al exterior ejerce como catalizador de la identidad cultural, no solo amalgamándolos, sino que con relativa frecuencia además desemboca en la reivindicación de una identidad cultural y política que únicamente es posible manifestar en el exterior. Otro tanto se afirmaría de los grupos de saharauis instalados en Almería, cuya singularidad dialectal respecto del árabe estándar, y sobre todo respecto de las variedades marroquíes, es fuertemente esgrimida, por razones tan evidentes, elementales y comprensibles que supongo en la mentes de todos.

El ruso, como queda dicho, ha sido la gran lengua de la Europa del Este, sobre todo tras la II Guerra Mundial. Justo en ese dato histórico que lo habilita como *lingua franca* –al menos en una región importante del planeta- reside su principal rémora. Es, en especial para quienes proceden de esos países, una lengua ciertamente marcada con palpables estigmas negativos, como lengua impuesta, hegemónica y exponente de un pasado político superado, al menos en teoría. Resulta difícil imaginar que un inmigrante lituano, ucraniano o polaco desconozca, en la proporción que sea, la lengua rusa. Pero es del mismo modo improbable que dispense el más mínimo entusiasmo a la posibilidad de acogerse a ella, aunque sea de manera ocasional y para emplearla como instrumento *franco* de comunicación.

En cuanto al chino mandarín, técnicamente ejerce una función sociolingüística similar a la de las lenguas que estamos comentando, solo que dentro de un único país. Ciertamente es que hablamos de un país inmenso y cargado de futuro, que esa mera circunstancia la convierte en una de las grandes lenguas internacionales para la propia UNESCO y que, en definitiva, ha sido la depositaria de la enorme herencia cultural china. Pero, por encima de todos esos factores, se hace complicado atribuirle mayores responsabilidades intercomunicativas, cuando los propios organismos

internacionales han renunciado a ello –dificultad de aprendizaje inicial, problemas de homologación gráfica con los símbolos de uso internacional en los medios de comunicación, Internet, etc.)

El volof, por su parte, es una lengua sin implantación fuera del marco subsahariano que no sería aceptada por hablantes procedentes de lugares distintos, en especial del mundo árabe, con quienes existen hostilidades raciales conocidas y atestiguadas en la propia Almería. Otro tanto podría afirmarse del suahelí, aunque matizando que ese rol sociolingüístico sí lo está desempeñando, con cierto éxito, de unos años a esta parte y que, en consecuencia, este es un detalle que convendrá no perder de vista de cara al futuro.

Quedan, por tanto, dos lenguas europeas, francés e inglés, que en principio estarían menos marcadas desde el punto de vista sociolingüístico y que, en realidad, actúan ya como vehículos internacionales de comunicación en prácticamente todos los ámbitos. En ese sentido, están dotadas de responsabilidades vehiculares *per se*, sobre las que tampoco parece necesario que haya de insistirse; menos para tender puentes de interculturalidad entre hispanos andaluces e inmigrantes, como en el fondo se pretende al proponer planificar el contacto lingüístico en Almería.

A la vista de todo lo anterior, no parece que la gestión lingüística de la inmigración llegada a Almería requiera de instrumentos vehiculares delegados, intermediarios, y probablemente también dilatadores, del proceso que finalmente habrá de acometer para acceder al español como segunda lengua. Disponemos de lenguas o muy extendidas ya, o muy marcadas sociolingüísticamente, con lo que parece más conveniente encarar directamente el núcleo primordial del problema; esto es, la planificación de la transmisión del español como segunda lengua a estos otros ciudadanos del entorno almeriense.

III Algunas propuestas de planificación lingüística inmediata

Carecemos, en Almería y en el resto del estado español, de un marco general de planificación lingüística que se haga cargo de la formación en nuestro idioma de los inmigrantes. Ciertamente es que el aparato educativo ha dispuesto directrices y capital humano para el adiestramiento lingüístico de los hijos de inmigrantes, así como para la formación metodológica de sus docentes en esta tarea. Resulta del mismo modo innegable que algunas comunidades autónomas han mostrado mayor sensibilidad hacia estas cuestiones y han previsto un mínimo asesoramiento en esta materia. Tampoco debe ignorarse la valiosísima aportación de algunas

administraciones locales, de organizaciones humanitarias como Cruz Roja, de ONG's e incluso de estructuras sindicales. Y, en fin, incluso algunos lingüistas españoles –tampoco tantos- hemos empezado a sensibilizarnos primero, y a tratar de aportar soluciones después¹⁶.

Todos esos esfuerzos, por más encomiables y meritorios que sean, y en verdad lo son, no bastan para paliar la carencia de una planificación formal, sistemática, trabada y coordinada desde las más altas instancias educativas. Lo cierto es que, excepciones al margen como las reseñadas, los poderes públicos españoles no han encarado con la decisión conveniente una problemática como esta, de indudable candencia social.

Pero el que los poderes públicos hayan abdicado de esa responsabilidad, el que no hayan ni tan siquiera bosquejado las líneas maestras de esa planificación, tampoco significa que la planificación en sí misma resulte técnicamente imposible. De todas formas, el rango social de la institución que la promociona solo es un aval más, pero no un requisito concluyente, para el desarrollo positivo y efectivo de la planificación lingüística. Quiero decir que, a falta de una actuación clara y decidida por parte de la administración, ante la urgencia de la problemática se me antoja perfectamente legítimo, y hasta imprescindible, adoptar estrategias propias en esta materia, siempre dentro de un ámbito social específico, el almeriense en esta ocasión.

En esa dirección, y con ese espíritu, me permitiría proponer la constitución de un foro de convergencia para todos los colectivos investigadores, organizativos y profesionales que, desde esferas muy diversas –y a veces también dispersas-, en la actualidad se hallan trabajando en la enseñanza del español a inmigrantes en Almería. Solo pueden esperarse resultados positivos de la coordinación de recursos didácticos, actividades formativas y diseños curriculares, del intercambio de experiencias que puedan ilustrar a quienes se enfrentan a problemas nuevos que ya han sido resueltos en otros lugares, de la conformación de bancos compartidos (metodológicos, de recursos, de datos, etc.) o de la conexión con redes internacionales que incluyen a quienes ya han transitado por lo que ahora nos acucia. Al mismo tiempo, ese grupo ha de ejercer como elemento amalgamador, y por tanto conductor, de esa planificación focalizada que

¹⁶ Excepto en Cataluña donde la gestión lingüística de la inmigración ha sido un tema capital que ha rebasado con creces, no ya la sociolingüística, sino la mera lingüística, aportando obras tan extraordinarias como la que firma Bastardas en 1986. Para no hacerme innecesariamente prolijo sobre esa corriente de estudios catala, baste confrontar las recopilaciones bibliográficas de Vallverdú (1980 y 1998).

estoy proponiendo, en la medida en que sea capaz de involucrar al mayor número posible de agentes sociales vinculados con la cuestión inmigratoria.

En segundo lugar, es necesario proseguir con la investigación científica que ya está empezando a ofrecer frutos útiles y susceptibles de ser aplicados. Urge muy especialmente disponer de datos sobre actitudes, tanto entre la población inmigrada, como entre los colectivos almerienses receptores. De igual forma, parece muy recomendable proceder a una descripción contrastiva de las lenguas que ahora mismo conviven en la zona. De momento solo precisamos estudios tipológicos y contrastativos no demasiado exhaustivos, aunque sin duda este ha de ser un reto a más largo plazo, y –por qué no reconocerlo– uno de los ejes en los que más claramente habrá de plasmarse la necesaria presencia de los lingüistas en la gestión de estos problemas. Con todo, sí que en cambio convendría disponer ya de una mínima base contrastiva que resaltase las principales discrepancias entre los sistemas lingüísticos de partida (los de las lenguas inmigradas) y el de la lengua meta (el español) al que deseamos conducir a nuestros alumnos. Ese dato, como de hecho ya he apuntado, se me antoja capital para formalizar la intervención y, sobre todo, para diseñar materiales *ad hoc*.

En tercer lugar, hay que recordar una vez más la enorme diversidad casuística a la que nos enfrentamos. Ello obliga a pensar desde el principio en una planificación múltiple, variada en opciones y soluciones. Como criterio general, quizá debería recomendarse la enseñanza intensiva, siempre y cuando sea posible. En algunos contextos y en algunas situaciones ello podrá llevar con soltura variable a buen puerto. De todas formas, sí que la escuela tendría que inclinarse por esa opción, dado que de otra forma se antoja compleja la plena, y normal, escolarización de los alumnos inmigrados que, en el mejor de los supuestos, aprenden simultáneamente conceptos y destrezas junto con el instrumento comunicativo que ha de transmitírseles y ha de adiestrarlos¹⁷.

En cuarto lugar, no sería prudente, ni ecuánime, postular una planificación lingüística unilateral y monodimensional. Cierto es que la gestión clásica de la convivencia lingüística en estas situaciones ha dado por sentado que solo cabía orientar a los inmigrantes hacia la comunidad receptora, foco exclusivo de atracción, única dirección de tránsito social. Así pues, a medio y largo plazo se postulaba la absorción cultural –y por

¹⁷ Por ejemplo, en algunos centros de Almería capital se integra alumnos de secundaria recién llegados en las aulas, completando su formación con una hora especial de aprendizaje del español. Desde el punto de vista lingüístico, esta es una opción técnicamente estéril. Me temo que desde el didáctico, también.

ende lingüística- de los grupos inmigrados conforme a los parámetros de la sociedad receptora.

Sin embargo ese modelo de planificación responde con eficacia a los retos planteados por movimientos migratorios sustancialmente distintos de los actuales. La radical transformación de las coordenadas entre las que hoy nos desenvolvemos, también a tenor de lo ya expuesto, hacen pensar en la conveniencia de una planificación lingüística bidireccional. Al anterior vector orientado hacia la sociedad receptora, habría que incorporar una nueva dimensión encaminada ahora hacia los inmigrados. Esa gestión inteligente de la multiculturalidad que reclamaba Fukuyama, encontraría su pertinente transcripción lingüística en una planificación que se hiciera también cargo de las lenguas inmigradas. Se trataría, por consiguiente, de disponer su promoción sociolingüística, abriéndoles espacios funcionales y dotando a sus hablantes de herramientas para difundirlas; naturalmente, todo ello sin cuestionar el rol sociolingüístico del español como lengua cohesionadora y amalgamadora hacia la que convergería toda la comunidad.

En esa dirección algunas medidas inmediatas ya han sido experimentadas con éxito relativo en otros contextos migratorios. Por la experiencia francesa de los años 70 (Consejo de Europa, 1977), sabemos que la suerte de esas enseñanzas es directamente proporcional a su inclusión en la enseñanza superior. Incorporarlas a los curricula universitarios cumpliría además con una doble función: de una parte, aseguraría buenas expectativas entre los escolares de los niveles educativos inferiores y, de otra, facilitaría la aproximación de los futuros docentes al entramado multicultural entre el que se van a desenvolver. Algunas pautas para llevar a cabo con éxito un proceso de tales características, por fuerza gradual, nos llegan del propio estatus internacional de las lenguas que han arribado a Almería con los trabajadores inmigrados. Incorporar el ruso o el chino a la oferta en formación lingüística de un centro universitario, en última instancia, tampoco deja de ser un imperativo cultural, se tengan o no inmigrados de esa procedencia. Fuera de ese marco de prestigio internacional, la experiencia con otras lenguas puede resultar igualmente exitosa¹⁸, entre otros motivos porque no dejan de responder a una expectativa social por aproximarse a los idiomas recién llegados.

¹⁸ En 1998, el Centro de Lenguas Modernas de la Universidad de Almería que yo mismo dirigía por aquellas fechas propuso un curso de bereber, cuyos resultados fueron óptimos en todos los sentidos.

Junto a la escolaridad, conviene desarrollar otros procedimientos de difusión social de esas lenguas, tales como espacios en los medios de comunicación de masas, actividades editoriales o prensa periódica más o menos regular.

Todo ello, previsible y progresivamente, desarrollará en un futuro más o menos inmediato, esta vez sí, la diglosia efectiva que estaba echando en falta líneas más arriba. La diferencia entre planificar ese camino o renunciar a hacerlo conviene no interpretarla como un circuito binario que abra (o cierre) la diglosia, el contacto de lenguas. No, todos esos procesos son inevitables. De lo que se trata es de gestionarlos para la convivencia y no de abandonarlos a su libre albedrío, lo que, casi con toda certeza, desembocará en el enfrentamiento lingüístico, me temo que correlato -y exponente a la vez- de otros enfrentamientos. Por lo tanto, no estoy invocando ninguna forma de paternalismo hacia los inmigrantes, ni de sibilino y despótico conservadurismo por parte de quienes los recibimos. Alejado por completo de ambas posiciones, trato de hacer una llamada de atención extraordinariamente realista, al objeto de percatarnos que la multiculturalidad, y por consiguiente el multilingüismo, en Almería son hoy ya una de nuestras constantes culturales definitorias, y por descontado lo van a ser en el futuro. Y lo que digo para ese punto concreto del Mediterráneo español, sé que es susceptible de ser trasladado a otros muchos lugares del mapa español, de la Unión Europea donde se llevan viviendo estos procesos desde años atrás, en definitiva, del mundo occidental en su conjunto. De nosotros, de todos, inmigrados y no inmigrados, va a depender que podamos caber todos en paz dentro de esa Almería del futuro. Planificarlo, y tratar de construirla en la mejor dirección posible, yo creo que merece la pena.

V. BIBLIOGRAFÍA

- Bañón Hernández, A. M. (1996). *Racismo, discurso periodístico y didáctica de la lengua*. Almería: Universidad de Almería.
- Bañón Hernández, A. M. (1997a). "El discurso racista de la prensa y la manipulación de los testimonios orales" en *Mugak*, 2: 6-10.
- Bañón Hernández, A. M. (1997b). "La representación discriminatorio de los inmigrantes africanos en el discurso oral" en *Discurso*, 21/22: México: UNAM, 103-132.
- Bañón Hernández, A. M. (1997c). "Los testigos significados ante la inmigración" en J. L. Chillón, dir. *La inmigración en la Región de Murcia*. Murcia: Consejo Económico y Social de la Región de Murcia, 285-321.

- Bañón Hernández, A. M. (199). "Discurso racista y medios de comunicación" en *Actas del Congreso Internacional "La lengua y los medios de comunicación"*. Madrid: Universidad Complutense, 397-411.
- Bañón Hernández, A. M. (2000). "Racism and cultural diversity in the spanish media (1995-2000)". *EUMC (Observatorio Europeo del Racismo y la Xenofobia)*. Project Racism and Cultural Diversity in the Media.
- Bañón Hernández, A. M. (2002). *Discurso e inmigración. Propuesta para el análisis de un debate social*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Bastardas, A. (1986). *Llengua i immigració. La segona generació immigrant a la Catalunya no-metropolitana*. Barcelona: La Magrana.
- Checa, F: Checa, J. C., y A. Arjona (1999). "Almería: los emigrantes en tierra de emigración" en E. Soriano, ed. *La escuela almeriense: un espacio multicultural*. Almería: Universidad de Almería/Instituto de Estudios Almerienses.
- Consejo de Europa. 1977. *Resolución sobre la educación de los hijos de trabajadores emigrantes*. Estrasburgo: Consejo de Europa.
- Cortés, L. (1990-1991). "Materiales para un proyecto de estudio sociolingüístico del habla de Almería" en *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses (Letras)*, 9 y 1: 313-335.
- Fuentes González, A. D. (1996). *Actitudes y conciencia sociolingüísticas en Almería*. Almería: GRUSTA, Univ. Almería.
- Fuentes González, A. D. (1997). "Un caso de sociolingüística aplicada: la enseñanza del español a inmigrantes africanos en Almería" en J. A. de Molina y J. D. Luque, eds. *Estudios de Lingüística General*, II: 117-128. Granada: Método.
- Fuentes González, A. D. e I. P. Hernández Fuentes (2002). "Aspectos de E/LE a inmigrantes africanos: acerca del afán alfabético" en J. D. Luque, A. Pamies y F. Manjón Pozas, eds. *Nuevas tendencia en la investigación lingüística*. Granada: Método, 385-395.
- Fuentes González, A. D. y Youssef Zoubair (2002). "Incidencia de las creencias y de las actitudes sociolingüísticas hacia el español en inmigrantes magrebíes de Almería" en J. D. Luque, A. Pamies y F. Manjón Pozas, eds. *Nuevas tendencia en la investigación lingüística*. Granada: Método, 395-409.
- García Marcos, F. J. (1993). "Estratificación social del español de Almería. Bases para su estudio" en *EPOS*, VIII: 24-35.
- García Marcos, F. J. (1999). *Patrones sociolingüísticos del español de Almería*. Granada: Mágina.
- García Marcos, F. J. (2002a). "Lenguas, lingüística y derechos humanos". *Apertura del Curso 2002/2003. Lección Inaugural*. Almería: Universidad de Almería.
- García Marcos, F. J. (2002b). *Lenguaje e inmigración (I). Sociolingüística e inmigración* Granada: Método.

- García Marcos, F. J. (2003a). "Lengua, migraciones y derechos humanos" en *La acogida de los inmigrantes*. Almería: Cruz Roja/Universidad de Almería, 125-153.
- García Marcos, F. J. (2003b). "De la interculturalidad al mestizaje: lenguas, culturas y conocimiento" en E. Soriano, ed. (en prensa). *Ciudadanía, mediación y comunicación intercultural*.
- García Marcos, F. J. y Carmona García. (2002): "Contacto lingüístico y tipología de lenguas en Almería" en J. D. Luque, A. Pamies y F. Manjón Pozas, eds. *Nuevas tendencias en la investigación lingüística*. Granada: Método, 67-79.
- Herrero Muñoz-Cobo, B. (1998). "La enseñanza del español a inmigrantes magrebíes. Transferencias erróneas entre la lengua de partida y la de llegada" en *Homenaje al Prof. Carlos Posac Mon*. Ceuta: Instituto de Estudios Ceutíes, III: 441-446.
- Mateo, M. V. (1995). "Enseñanza del español a inmigrantes. Datos empíricos y propuestas teórica" en *Revista de Estudios de Adquisición de la Lengua Española*, 5: 117-127.
- Salazar García, V. (1998). "La enseñanza del español a inmigrantes senegaleses: la experiencia de Adesean" en *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 16: 237-250.
- Salazar García, V. (2003, en prensa). *Lenguaje e inmigración. II Adquisición de segunda lenguas*. Granada: Método.
- Soriano Ayala, E. (2003). "La acogida del alumnado inmigrante en Almería: educación intercultural en tierra de migraciones" en *La acogida de los inmigrantes*. Almería: Cruz Roja/Universidad de Almería, 153-169.
- Vallverdú, F. (1980). *Aproximació crítica a la sociolingüística catalana*. Barcelona: Edicions 62.
- Vallverdú, F. (1998). *Velles i noves qüestions sociolingüístiques*. Barcelona: Edicions 62.